

Preguntas "Prohibidas"

"Cualquier parte de mi cuerpo es tan puro como mi corazón"

Walt Whitman

Ln conversaciones de adultos, sobre todo entre aquellos que se estrenan en sus roles de madre, suelen escucharse comentarios, a veces cargados de humor, otros de preocupación ante algunas preguntas que expresan los niños y para las cuales los adultos no hemos elaborado respuestas que, por un lado satisfagan las inquietudes infantiles y, por otro, nos eximan de culpas.

Las preguntas de los niños poseen la dimensión del universo; no tienen fin y en cada respuesta que recibe está la síntesis de la naturaleza y del legado social, según la manera en que sus padres la han comprendido. Un olor sintetiza hechos de la naturaleza; la calidad de las caricias son la síntesis de una cultura.

La curiosidad por conocer el mundo creado por los adultos está contenida en las preguntas que hacen los niños. Su intención es la de comprender y la de actuar con la misma independencia que observan en los mayores.

Todo lo que rodea al niño puede ser estímulo para su asombro y motivación para solicitar orientación de inmediato, mientras que por sí mismo intenta con sus manitos hallar una respuesta.

Tanto en la naturaleza como en la sociedad queda mucho por descubrir, no sólo por los niños sino también, por los mayores y se hace muy difícil tipificar las inquietudes de los niños, entre hechos asociados a la naturaleza o a la sociedad, sin establecer dicotomías formales. Pienso que lo más importante es saber que todo lo que el niño vive es objeto de su curiosidad y que las respuestas de los adultos son condición poderosa para su desarrollo.

Me refiero al "hecho de responder", excluyendo otros aspectos de interés, porque sólo de preguntas infantiles y de respuestas adultas estamos tratando pero, invariablemente, la educación y en particular, la educación de la sexualidad es adquirida de diversas maneras, ya sea por la vía directa de los programas de educación formal escolar, como de manera espontánea en los diferentes vínculos que se establecen con los padres, amigos/as, maestros/as; en observaciones que se hacen de la vida cotidiana, de la forma en que las personas se relacionan entre sí, de los modelos que ofrecen los medios de difusión masiva, y otras. No sólo formulando preguntas el niño/a aprende. Aunque sus contenidos indican la evolución de sus conocimientos o el nivel de repetición de informaciones impuestas por los adultos, se vive dentro de un mundo de relaciones y experiencias incidentales cargadas de normas y valores sociales que el niño/a aprende.

Las funciones asignadas por la sociedad a la escuela y a la familia conducen a exigir que sean los padres y los maestros los de mayor respon-

sabilidad ante el hecho de responder. Los maestros tienen el recurso de la Pedagogía y sus métodos, aunque todavía con una descuidada presencia escolástica. Los padres no reciben ningún entrenamiento para educar. Se aprende a ser madre y padre en la práctica y siempre se escucharán lamentos por los errores sufridos.

Hace mucho tiempo que la humanidad está demandando que esta experiencia sea vivida con los mejores resultados y satisfacciones.

En la escuela están diseñadas las formas de traducir a los escolares diversas inquietudes, fundamentalmente, por la vía de la introducción. Sus contenidos parten del supuesto social de que es lo que el niño debe y puede conocer en esas edades, pero quedan, fuera de esta estructura, elementos muy importantes para su desarrollo. Tal vez porque aún no son reconocidos socialmente.

Dentro de la educación formal han sido estudiadas las metodologías para la formación académica en la educación, es decir, la introducción de los niños en el mundo de las ciencias, pero poco se ha profundizado en como hacer científica, educativa y placentera esa iniciación.

Todavía son mundialmente escasos los programas educativos, dentro de la educación formal y no formal, dirigidos a la apropiación de nuevos valores como condicionamiento social para la creación de modos de convivencia más humanizadores.

Dentro de este problema se halla la educación sexual y particularmente la infantil. También podemos afirmar que mundialmente son escasas las experiencias de introducir programas de educación sexual en la escuela y, menos aún las de orientación a la familia.

A pesar de los grandes esfuerzos de la humanidad, especialmente en el último siglo, por defen-





der los derechos del niño, la sociedad aún no está diseñada para ello. Es persistente la tendencia a tomar la perspectiva del adulto como único criterio para valorar la infancia, lo cual se expresa en el desconocimiento de las capacidades limitadas del niño, sobresaturándolo de actividades, problemas, u otras experiencias que le resultan nocivas e incomprensibles, o en el desconocimiento de sus potencialidades de desarrollo, subestimándolo y "protegiéndolo" de vivencias, que según el criterio de los adultos, no corresponden a la edad de los niños. Así se enmarcan las creencias y actitudes de los adultos ante el hecho de la sexualidad infantil.

Los temas relacionados con el sexo y la sexualidad son tabú en nuestra cultura. Los conceptos interiorizados son estrechos, se parcializan hacia la procreación y preferiblemente dentro del matrimonio. Otros criterios menos cerrados, reconocen el derecho al placer, pero desde una posición de discriminación a la mujer, al niño, al adolescente y a los que mantienen variantes de conducta sexual no legalizadas.

La tendencia a genitalizar la sexualidad (identificarla sólo con sus componentes genital, coital y erótico) y el hecho de que estén asociados a un pecado capital, la lujuria, conduce a la creación de un ambiente de culpabilidad ante todo lo que no sea interés o conducta sexual orientada a la procreación o el matrimonio.

También existe el criterio generalizado a considerar la infancia, no como una etapa importante y disfrutable en sí misma, sino sólo como preparación del individuo para la vida adulta. De esta creencia se deriva una mole de exigencias sobre los niños que responden al mundo de los adultos y no a otros intereses y necesidades que sólo se satisfacen y disfrutan en la infancia y que, con toda seguridad son premisas para un adulto mejor realizado, más útil a la sociedad. Tal vez sea una de las razones por las que el componente académico-instructivo de las instituciones educativas haya recibido mayor dedicación que el afectivo personal y de relaciones.

De estos prejuicios y desconocimientos se derivan diferentes actitudes de los adultos hacia la sexualidad infantil. Por un lado, ignorando su existencia, pues el niño no está preparado para procrear (siguiendo el concepto estrecho de sexualidad-procreación) y por otro, neutralizando todos sus intereses y manifestaciones sexuales, experiencias que se deben preservar sólo para la adultez.

¡Grave error! el desconocimiento acerca de la sexualidad humana y su tradicional connotación pecaminosa han condicionado a que se viva la educación sexual del niño como un proceso angustioso.

Sin embargo, es evidente que en todas las etapas de la vida, desde el principio hasta el fin, somos seres sexuados y que, tanto los niños como los adolescentes, adultos y viejos, tienen intereses sexuales y expresan en determinadas conductas su sexualidad. Las diferencias están en la realidad de que la sexualidad cambia en relación con la edad, de manera que en cada período de la vida tiene características propias.

Todas las edades tienen importancia en sí misma. Significan tiempo de experiencia individual adquirida. De la forma en que el individuo resuelve sus vivencias, en cada edad, dependerá la evolución de la personalidad y también de lo que nos ocupa: la sexualidad.

En este proceso de "crecer" participan influencias muy diversas y su determinación sobre el desarrollo individual, también es objetivo de cambios. Si entre los 0 y 2 años los vínculos afectivos del niño con la madre y el padre (figuras de apego) son esenciales para la evolución de su sexualidad, entre los 2 y 6 años ocupa un lugar fundamental la reacción que tengan los adultos ante sus conductas sexuales y las respuestas que encuentren a su curiosidad sexual.

Las preguntas de los niños son muy importantes. Las usan para entender todas las cosas nuevas que suceden a su alrededor. Cada experiencia nueva hace cambiar al niño y lo pone en situación de dudas, hasta que la comprende. Este es el momento oportuno de las palabras. Si el niño está confundido por las acciones de los adultos, se hace necesario ayudarlo a entender.

Supongamos que un niño pequeño encuentra a su madre cambiándose de almohadilla sanitaria (intima) y pregunta ¿Por qué tiene sangre?, ¿Qué debe hacer ella?

Gritarle: "Sal de aquí y no me molestes cuando estoy en el baño"

Decirle: "Porque estoy enferma" "Algún día te lo explicaré" "No te preocupes, no es nada" y dejar que se olvide de ello. "Eso no es sangre y no me preguntes más" "Una vez al mes mamá necesita usar esto porque tiene cambios en su cuerpo. Nos sucede a todas las mujeres y no es malo. No es para preocuparse."

Con esta última explicación el niño aprende que su mamá usa "Intima" y para que las usa, desdramatizando el sentido que a veces se le otorga al ciclo menstrual. De no recibir estos argumentos el niño puede aterrorizarse, no por la sangre en sí, sino por el suceso no explicado. No quiero decir que esta sea la única respuesta posible, sino una de las tantas alternativas que pueden ayudar al niño/a a comprender la situación observada. Seguramente, después volverá a preguntar y cada vez integrando mejor los conocimientos que va adquiriendo. La formulación de sus preguntas indica los contenidos que necesita en sus respuestas. Ante una primera situación podemos responder de manera sencilla para después pensar en otras explicaciones más complejas.

Resulta común el hecho de que muchas de las preguntas que hacen los niños, ponen a pensar a los adultos. Su nivel de interacción con el mundo, en el proceso de conocer, no es el mismo, por eso sus preocupaciones e interrogantes son otras y muchas de ellas han sido por los mayores.

Las reacciones de los adultos son diversas. Por lo general son de incomodidad:

- Por no saber la respuesta
- Por no saber como explicarle al niño para que comprenda
- Por no tener tiempo para pensar
- Por no ser "asunto de niños"

- Porque "en mis tiempos esas cosas ni se hablaban"

Si un niño pregunta:

- ¿"Mamá, las hormigas duermen"?, seguramente que no podríamos responderle de inmediato, a menos que seamos biólogos o "especialistas en hormigas". Nos dejarían pensando, averiguando, pero tendríamos la satisfacción de su curiosidad "científica"

Si esto mismo nos ocurre con preguntas relacionada con la sexualidad, como por ejemplo:

¿"Por qué ustedes tienen la puerta cerrada en las noches"?

¿"Por qué no quieren abrir la puerta cuando toco"?

¿"Por qué mi hermana no tiene esto (refiriéndose al pene)"

¿"Por qué tiene pelos y yo no"?

¿"Tú quieres a mamá"?, ¿por qué le gritas?

Es muy probable que surja cierta incomodidad e inseguridad en la manera de responder, o alguna reacción de desaprobación expresada en gestos, en la mirada o en la respuesta verbal.

También nos puede ocurrir que los adultos simulen no haber escuchado, cambiando el tema de conversación o no respondiendo nada, como si el niño irrumpiera bruscamente en el escenario de los misterios prohibidos de la vida.

En cualquiera de estas variantes estamos proporcionando al niño modelos educativos para comprender y vivir la sexualidad. Siempre hay educación sexual, y en este sentido los modelos observados con las explicaciones verbales, son de una significación asombrosa.

Las respuestas de los adultos llevan implícitos modelos de razonamiento para la interpretación del mundo y para la interacción social. Esto no sólo influye en la modelación del pensamiento del niño sino, también, en la formación de valores y habilidades para las relaciones humanas que, a mi juicio, constituyen componentes esenciales para el desarrollo de una inteligencia humanizada.

Entre los 2 y 6 años los niños van siendo más conscientes de sí, advierten rasgos que los identifican y los diferencian entre sí. El desarrollo progresivo del lenguaje y del conocimiento del mundo circundante acentúan la expresión verbal de su curiosidad.

Sus inquietudes estarán centradas en tres temas fundamentales:

1. Su propio cuerpo y el de los otros: al descubrir las diferencias anatómicas entre la niña y el niño es inevitable el interés por "la cosita de hacer pipi", la constante comparación con sus compañeros o compañeras y con sus padres.

2. El origen de los niños: las embarazadas, los embarazos de la madre y la espera de un hermanito son los principales suscitadores de estas preguntas y de su interés por conocer como fue su propio origen. Después vendrán otras preguntas más: ¿Por donde salen los niños? ¿Cómo se hacen los niños?, etc.

3. La relaciones de la pareja humana: ¿Qué hacen? ¿Por qué se be-

san?, etc. Estas preocupaciones surgen muy ligadas a las anteriores, fundamentalmente, al tema de origen; sin embargo, es importante asociar el trato afectivo y cuidadoso entre las personas, no sólo a las relaciones de pareja para la procreación, sino también en el trato cotidiano entre las personas, en los cuidados de su propio cuerpo y el de los demás, en saber que puede lastimar a las personas y que puede hacerlas felices, valorando sus propias acciones y la de los otros. En fin, que al proporcionar educación sexual a las niñas y a los niños les estamos enseñando a tratarse entre ellos.

Alguna vez pensé que una ayuda valiosa para la familia y otros educadores sería ofrecerles varios modelos de respuestas, pero sólo como referencia, sin olvidar que cada niño es un ser individual y que de manera personal vivirá experiencias diferentes, que marcarán el momento y el contenido de sus preguntas. Es muy difícil elaborar una respuesta tipo que sirva para todos. Lo que nunca se puede olvidar y debe convertirse en constante de todas las respuestas, en su carácter veraz, afectuoso e inteligente y lo más adaptado que se pueda a las posibilidades de comprensión del niño, utilizando juguetes, muñecos sexuales, dibujos animados, libros ilustrados y otras iniciativas.

Sin embargo, más importante que preparar modelos de respuestas pre-elaboradas para sacar a los adultos del "apuro", sería realizar encuentros de reflexión con grupos de padres y madres, así como cursos, talleres o reuniones con profesionales para ampliar los conocimientos científicos sobre el tema y contrastarlos con los prejuicios, con algunos mitos y costumbres que impiden comprender y ejercer mejor la sexualidad.

Por eso, en los cursos y talleres de educación sexual, no sólo deben tratarse los problemas relacionados exclusivamente con la sexualidad del adulto, sino también ejercitar la comprensión de la sexualidad infantil: conocer los temas objetos de interés en cada edad, qué influencias socioculturales son más significativas, cómo adecuar las explicaciones al nivel de desarrollo alcanzado por los niños, de manera que satisfaga sus expectativas emocionales de conocimiento, en un ambiente de afecto y aceptación.

Una pregunta sencilla puede conducir a la imposición exacta de prejuicios o puede convertirse en una conversación que estimule a seguir preguntando, de manera relajada y disfrutando el aprendizaje de algo nuevo, en la que el niño/a pueda comparar su aprendizaje espontáneo con los aportes de las ciencias, pero por sobre todas las cosas sepan que todavía queda mucho por averiguar, entonces es necesario que sigamos preguntando.

Las sencillas interrogantes de los niños/as lo son también de las ciencias. Una niña preguntó: - "Mamá, ¿el mundo tiene fin?". Un genio de la física moderna se lo preguntaba a las estrellas.

